

ÁVILA EN LA MIRADA DE ENRIQUE LARRETA: OTREDAD Y REALIDAD EN *LA GLORIA DE DON RAMIRO* (1908)*

ÁVILA IN THE EYES OF ENRIQUE LARRETA: OTHERNESS AND REALITY IN *LA GLORIA DE DON RAMIRO* (1908)

FRANCISCO DAVID GARCÍA MARTÍN
Universidad de Salamanca
fdgarcia@usal.es

Resumen: La construcción del otro, la visión del diferente, ha sido una constante a lo largo de la historia de la literatura universal. La identidad cultural de los grupos humanos se construye, en muchas ocasiones, por contraste frente a otros grupos, mediante un proceso que puede llevar a la deshumanización de amplios sectores de la población. En esta línea, la utilización del pasado como fuente de comprensión del presente es transformada en un recurso para la justificación y concepción mítica del mismo. De esta manera, historia y ficción se encuentran en obras como *La gloria de don Ramiro* (1908), de Enrique Larreta, donde podemos observar cómo la reelaboración del concepto espacio-cultural urbano es estructurada a partir de una visión particular del reinado de Felipe II que tiene como elemento más destacado la elaboración de la imagen que la ciudad de Ávila presenta en la novela.

Palabras clave: literatura argentina del siglo XX, literatura contemporánea, Enrique Larreta, fin de siglo, decadentismo.

Abstract: The construction of the other, the vision of the different, has been a constant throughout the history of universal literature. The cultural identity of human groups is constructed, in many cases, by contrast with other groups, through a process that can lead to the dehumanization of large sectors of the population. In this sense, the use of the past as a source of understanding of the present is transformed into a resource for the justification and mythical conception of itself. In this way, history and fiction intertwined in works such as *La gloria de don Ramiro* (1908), by Enrique Larreta, where we can observe how the reworking of the urban space-cultural concept is structured from a particular vision of the reign of Philip II whose most outstanding element is the elaboration of the image that the city of Avila presents in the novel.

Keywords: Argentine Literature of the Twentieth Century, Contemporary Literature, Enrique Larreta, End of the Century, Decadentism.

* Este trabajo ha sido cofinanciado por el Fondo Social Europeo y por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León.

Cómo citar este artículo: García Martín, Francisco David (2024). Ávila en la mirada de Enrique Larreta: otredad y realidad en *La gloria de don Ramiro* (1908)

Hesperia. Anuario de Filología Hispánica, XXVII-1, 137-156

Recibido: 14/01/2024, Aceptado: 06/03/2024

© Francisco David García Martín



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0)

1. INTRODUCCIÓN: ÁVILA Y EL DECADENTISMO DE UN TERRITORIO

La construcción de la otredad, la visión que el diferente tiene en los distintos grupos y culturas humanos, ha sido una constante en la historia de la literatura. El ser y el estar en el mundo se realizan, para cada individuo, a partir de la adscripción que este lleve a cabo a unas determinadas ideas y conceptos sociales que, en muchas ocasiones, se relacionan con la visión que este tenga de los demás. En este trabajo pretendemos mostrar, a través de la contraposición entre la realidad y la ficcionalización de la historia, cómo han sido construidos estos rasgos de identidad social en la novela del escritor argentino Enrique Larreta *La gloria de don Ramiro* (1908).

Exponía Foucault, en su libro *Les Mots et les Choses* (1966), que “el cogito no conduce a una afirmación del ser, sino que abre toda una serie de preguntas sobre la cuestión ser: ¿qué debo ser, yo que pienso y que soy mi pensamiento, para que yo sea lo que no pienso, para que mi pensamiento sea lo que no soy?”¹ (2004: 267). El ser humano se establece en el mundo a partir de una serie de coordenadas espacio-culturales que le permiten entender quién es y qué representa, mediante la identificación con un grupo imaginado y conformado por las leyendas que han ido recreando su pasado a lo largo de los siglos. Todo ello dentro de un proceso en el que el propio exogrupo no participa, pues su imagen se transforma en un instrumento utilitario cuyo interés no está en sus rasgos reales, sino en el significado que dicha imagen fabricada puede lograr (Said, 2010: 430). Y este desarrollo también actúa, como veremos que sucede en el caso de Larreta, hacia el interior del propio endogrupo, que deja de tener control sobre su misma identidad una vez que los trazos básicos construidos se han consolidado como caracteres inseparables de dicho grupo social.

El espacio de estudio elegido responde a una situación ambivalente en el momento en el que obras como la de Larreta fueron escritas. El pasado de Ávila, perdido en las leyendas caballerescas y en la visión de sus monumentos y palacios medievales, se contrapone con la pobreza y el deterioro que continúan en los siglos XIX y XX. La historia lucha contra un presente que no parece corresponderse con el testimonio dejado sobre este territorio. Tal y como explica el

1 La traducción pertenece al autor de este trabajo.

historiador François Hartog, el pasado se convierte en un espacio reinterpretable sobre el que levantar un ejemplo glorioso para el presente (2003: 270). La historia es reconstruida como reflejo esperable para luchar, precisamente, contra los aspectos más negativos del presente, de tal manera que es convertida en un modelo de virtud y gloria al que seguir. La evocación del pasado se aleja de la realidad, transformándose en un mito que es utilizado para la construcción ideológica de la nación (2003: 200). La idolatría y rememoración interesada del pasado convirtieron este espacio que estudiamos en un lugar desde el que enfrentarse a un presente que no podía agradar a sus contemporáneos. Y así se puede observar en los textos de la época, como en este fragmento de Ramón Jaén fechado a comienzos del siglo XX:

Noble tierra de santos, grave y austera, vamos a ti para buscar en las ruinas tu glorioso pasado; pero apenas traspuestas tus serranías, creemos hallarlo en el deslumbramiento de tu cielo sin mancha y en esa inmensa energía que vibra en tus solitarios campos, la energía del silencio. Pasados los tiempos heroicos, esas murallas tuyas nos parecen hoy una gracia concedida de lo alto para santificar tu vida de generosidad y renunciamento.

La llamaron Ávila del Rey porque supo tomar bajo su guarda los derechos del príncipe haciéndolos acatar a las banderías; Ávila de los Caballeros por lo cumplidos que en lances de honor y guerra fueron los suyos; la Ciudad de los Santos por haber dado la fe en estas tierras de pan llevar las más encendidas amapolas (1918: 157).

Como explica el profesor Maximiliano Fernández (1999), se trata de un espacio urbano de contrastes, donde la monumentalidad de Ávila destaca frente a una depauperada economía que acusa de manera importante las cosechas y el problema de la propiedad de la tierra en poder de las llamadas “manos muertas”, la Iglesia y, en menor medida, los municipios lo que se empezará a atajar a lo largo del siglo con las sucesivas desamortizaciones. La lucha por el paso de la línea de ferrocarril que enlazaría Madrid con Irún será una constante de la prensa — frente a las pretensiones de la vecina Segovia, que finalmente fueron desestimadas— que ve en esta medida una forma de salir del atraso económico que vivía esta tierra. Será uno de los grandes logros del siglo para la ciudad, el símbolo de un progreso que se resiste a llegar a la capital abulense.

La sociedad abulense, por otro lado, vive con la realidad de una fuerte tradición heredada del Antiguo Régimen y con escasas iniciativas de apertura

frente a la atención y el interés por las nuevas ideas y corrientes que llegan en este siglo. Un proceso gradual de cambio que termina resultando lento respecto al resto del país. Así, parte de la población se opondrá a estas medidas de industrialización:

(...) muchos de los problemas que tuvieron las fábricas de paños, de algodón y de lanas, en la primera mitad del siglo XIX, fueron de carácter externo a su propia viabilidad, por la oposición de importantes propietarios, ganaderos y personas establecidas a unas industrias que no veían con buenos ojos (Fernández, 1999: 198).

Una situación que implicará la gran jerarquización que se vive en este reducido entorno provincial, con la mujer al margen del sistema, y una clara brecha entre la cúspide política y clerical frente al resto de la población —y a los estratos más bajos— que se reflejará simbólicamente en el férreo orden seguido en las procesiones religiosas. Fenómeno parangonable a la mayor parte de la Castilla de la época.

Atraso, pobreza, y el fuerte lastre de las ideas postmedievales conservadas, hacían de este enclave castellano un lugar que seguía viviendo en la historia, sin prestar atención a un presente generalmente sórdido, en el que las oportunidades de mejora y crecimiento apenas se vislumbran. La religión configura, además, la vida de todos los ciudadanos. Y alrededor de sus celebraciones y de la misa dominical girará la vida de los abulenses de esta época. Una lenta mejora, que parece recuperar solo parte de lo perdido, lleva a finales de siglo a obtener prácticamente los 12 000 habitantes. Pero la mentalidad no avanza al mismo ritmo, y el tedio va a impregnar el día a día de la ciudad durante la mayor parte del siglo XX (Belmonte, 2001: 224).

Eduardo Cabezas Ávila nos ofrece otra de las claves de este devenir histórico: la aparente inmovilidad del pueblo abulense, que parece incapaz de levantarse y trabajar por la mejora de un futuro del cual solo se oye una profunda y sorda queja. El siglo XIX ve la llegada a la ciudad de una serie de familias y empresarios foráneos —provenientes de provincias cercanas como Burgos, Valladolid o Zamora; y de algunos pueblos de la propia provincia— que son los que intentan traer la prosperidad, ante la apatía general presente en los naturales.

Cabezas Ávila también se refiere al proceso industrializador de la capital abulense como un desiderátum que se quebró en las esperanzas de muchos de los que asistieron a estos procesos. Así, nos explica cómo:

los abulenses hicieron de la necesidad virtud, y una vez constatada la imposible industrialización, asumieron esa idea y la racionalizaron. Muchos juzgaron que Ávila era una ciudad mal avenida con la modernidad y la industrialización [...]. En su lugar, se exaltó el carácter de ciudad recogida, silenciosa, austera y mística (Cabezas, 2000: 50).

En esta línea, Ávila no podía formar un binomio con la modernidad. Se trataba de una tierra a la que parecía difícil que pudieran llegar los aires de cambio. Por supuesto —tal y como se puede apreciar en los autores que traemos a colación—, se trataba de un pensamiento que no estaba necesariamente unido a la realidad material, sino que partía de una concepción socio-histórica de la ciudad y de sus habitantes que procuraba enfrentarse a la idea de progreso, al mismo tiempo que miraba al pasado en busca de una solución difícil de alcanzar. Así, la sociedad abulense de los siglos XVIII y XIX se asentó sobre una decadencia y una pobreza que la ciudad parecía incapaz de dejar atrás:

La nobleza, o sus lugartenientes, siguen acaparando los puestos de la dirección municipal. Es muy crítica la situación de esta sociedad en la década 1780-1790. En esta etapa, como en muchas de la vida contemporánea, la indiferencia y la falta de colaboración de la nobleza se hicieron patentes.

La ciudad (...) consigue la ubicación de una Real Fábrica de Algodón que terminará con un estruendoso fracaso (...) Pero el mal venía de atrás. Todos los viajeros españoles y extranjeros que en la segunda mitad del siglo visitaron la ciudad, son unánimes en reflejar su pobreza y despoblamiento. Estas observaciones vienen respaldadas por censos y estadísticas. Los mendigos abundaban, y más que abundar, son una plaga (Belmonte, 2001: 24-25).

Una vez cimentada esta idea, el camino a seguir fue el de la exaltación del pasado guerrero. En esta misma época, la ciudad todavía se llamaba de manera oficial Ávila de los Caballeros —así aparece todavía reflejado a mediados de siglo en los mapas que acompañan al Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Pascual Madoz (2000: 20)—, uniendo a su nombre uno de los títulos otorgados siglos atrás por Alfonso XI. Poco a poco, se fue conformando una especie de imagen oficial, mientras que se erigía paulatinamente en torno a Teresa de Ahumada todo un constructo social basado en el recogimiento y la religión. Es así que se trataba de

Una sociedad aferrada a los dogmas de la religión, profesándose un sagrado seguimiento al ritualismo católico. Los ministros eclesiásticos eran considerados en un elevado plano y objeto de un singular respeto.

(...) Ávila vivió al ritmo de las campanas y al calor de las funciones religiosas. No había otro aliciente. Podemos decir que el Templo se convirtió, en cierto modo, en Sinagoga. Era el ansiado lugar de congregación para los abulenses. Allí se desarrollaba su expansión coloquial, resguardados del helor de la calla y un comfortable ambiente en los veranos calurosos, y allí, sobre todo, en los entierros se practicaba la “vida social” (Belmonte, 2001: 158-159).

Serán, por lo tanto, un conjunto de familias de comerciantes y empresarios venidos de otros lugares del país los que, tras los cambios de propiedad del terreno surgidos tras la desamortización, se conviertan en los grandes tenedores de tierra y acaparen el poder político de la ciudad y de la provincia (el caso de los Aboín, Nebreda o los Sánchez Albornoz). Una ciudad que se había dormido tras la marcha de la nobleza a la corte a finales del siglo XVI, dejando un entramado urbano repleto de palacios vacíos —hasta tal punto que se empezaría a conocer como ‘Ávila de los Administradores’, haciendo alusión al absentismo y la continua desidia de los grandes propietarios—, y se empieza a despertar con la llegada de estas nuevas élites, que buscan legitimarse ante la población y ante ellos mismos tomando para sí los rasgos nobiliarios y religiosos del pasado abulense; llegando en algunos casos, incluso, a residir en los antiguos palacios, que cambiarán su nombre por el de los nuevos dueños.

El apego a la tierra, como símbolo de poder económico y social, continuó siendo uno de los principales valores de la provincia. De manera que, tal y como nos cuenta Cabezas Ávila: “en el siglo XIX, y a principios del XX, las *grandes empresas* abulenses eran dehesas, fincas y los *grandes empresarios* labradores” (Cabezas, 2000: 66). Estas ideas llevaron a un previsible freno o impedimento a la industrialización, como hemos comentado, y lastraron un futuro que no derivó en el establecimiento de un tejido industrial que pudiera promover un verdadero cambio, acorde con los tiempos. Así:

todo el mundo subrayaba la importancia de la propiedad agraria, la dehesa, la finca, por encima de cualquier otra, o entendían que los mejores partidos para el matrimonio eran los dueños de las dehesas. Significaba que en una sociedad todavía muy poco industrializada predominaban en la consideración y estima de la gente no solo la propiedad de la tierra, sino el complejo de valores asociados a ella (Cabezas, 2000: 70).

Este valor social estuvo, por lo tanto, muy presente para los abulenses durante aquella época. No podemos dejar de incidir en estos datos e ideas debido a la fuerza que tuvieron para conformar el ánimo y la mente de una comunidad que no terminaban de salir del Antiguo Régimen. Se trató de dejar las coordenadas del prestigio y de la consideración social en manos de cierto sector de la población que contribuyó a crear esta ciudad de los caballeros, de los cantos y de los santos que estudiamos². Toda una construcción encaminada a disponer de un claro archivo al que acudir sobre lo que era ‘ser abulense’, basado en partes de la historia de la ciudad, rehechas para adaptarlas a una nueva situación económica y social.

Se trata de un proceso dirigido por parte de las que podríamos denominar élites locales. Pero la respuesta predominante que surgiría del resto de la población fue la de la indiferencia ante lo que sucedía, la aceptación inevitable de un estado de cosas ante las que parecían sentirse impotentes para cambiar. José Belmonte Díaz, mientras analiza el Ávila decimonónica, explica que fue un siglo: “marcado por la atonía, el desinterés y la indiferencia de los moradores de la ciudad, cuya distracción primera se centraba en las fiestas y espectáculos y en el escaso teatro que se representaba en lúgubres locales, no muy aptos y nada confortables” (2001: 197).

Y con estas palabras se puede observar cómo la población abulense entró en un proceso de conformismo, que se consolidó como una parte relevante de la vida en la ciudad. La llegada del tren en 1862 no terminó de derruir este inmovilismo; situación que también marcará el siguiente siglo. Belmonte tampoco se olvida de las luces que aparecen dentro de esta grisácea perspectiva que

2 Una concepción que se repite en las crónicas de viajes de la época, como podemos observar en este fragmento de Ramón Jaén: “La ciudad parece como fue. Igual que antaño sus hombres se han ido; ya volverán. Aquellos caballeros de los pasados siglos no vivían sosegadamente en sus hogares; en los arrabales trabajaban los oficios, pero en el recinto murado vivían los nobles y hombres de armas que se aunaban para las salidas contra el moro. En las casas, en los palacios, orando y afanadas en la vida diaria quedaban las mujeres. Los viejos, como ahora, salían a los estribos de la cruz o a la Puerta de la Mala Ventura a comentar las noticias traídas por los mensajeros. Si, los hombres se han ido y la ciudad vive retirada en las casas con la esperanza puesta en Dios y defendida por la muralla” (1918: 162). Se insistirá en este tipo de exposiciones en la descripción de un pasado glorioso que volverá, como una llamada a la esperanza que se convierte en la base misma de este proceso narrativo.

presentamos; de importancia, sin duda alguna. Los liberales abulenses —Juan de Mora, Francisco Moreu, Gregorio de Mijares, o Florentino Sanz, por citar algunos nombres— tuvieron cierto peso en la provincia, y ayudaron a despertar en parte a ciertas capas de la sociedad. Sus ideas contribuyeron a intentar cambiar la tónica general, pero su esfuerzo no llegó a ser suficiente. Y con esta dinámica se continúa bajo el férreo control del clero de la ciudad —la cual seguirá teniendo un gran peso en la vida diaria de los abulenses hasta prácticamente la segunda mitad del siglo XX— y de los sucesores de la nobleza moderna, que conforman una élite que no se llega a sentir segura con las ideas de cambio que se demandan. Acudimos de nuevo al historiador Belmonte para que nos transmita este sentimiento general, donde la continuidad no impide cierto cambio; aunque siempre parezca demasiado escaso:

De una pleitesía, que casi era adoración rayana en servidumbre hacia la nobleza, hacia la alta burguesía y hacia la clerecía, las gentes de Ávila van logrando un desasimiento paulatino y se van apartando de sus focos de influencia. Pero todo ello muy poco a poco, porque habían sido siglos de estar bajo la férula de aquellos poderes —nobleza y clero— y la renovación no podía hacerse en un día; y menos en Ávila, una sociedad encastillada, de acusadas élites (2001: 197).

Se produjo, por lo tanto, un continuismo y una escasa evolución dentro de un espacio al que le costaba cambiar y adaptar sus heroicas formas a los nuevos tiempos. Sin embargo, es el tren y la lucha que llevó a cabo la ciudad por conseguirlo un elemento clave para resaltar la esperanza en el futuro. España se está despertando poco a poco de los usos y maneras del Antiguo Régimen durante el siglo XIX. Y palabras como las del historiador John Lynch, refiriéndose al siglo XVIII, son suficientemente reveladoras: “Con la posible excepción de Barcelona, las ciudades de España no eran lugares donde la población pudiera escapar de las estructuras jerárquicas del Antiguo Régimen y de los valores del pasado español” (1991: 221).

2. LARRETA Y SU RECONSTRUCCIÓN DE ÁVILA DESDE EL MITO

La literatura que trató de reelaborar la imagen de Ávila a comienzos del siglo XX recreó este espacio urbano como un solar lleno de glorias y de leyendas cuyo mayor valor estaría representado por su pasado. Esta es la idea que lleva impresa la obra del argentino Enrique Larreta, en su novela *La gloria de don Ramiro* (1908), para

quien se trata de un solar teñido de historias guerreras y un fuerte legado medieval. En palabras de la investigadora Mathilde Pomès, nos encontramos ante “una cuna del alma”³ que Larreta habría construido en torno a la ciudad de Ávila; una de sus obras principales y más trabajadas (1961: 639). La pasión de este autor argentino por Ávila, cuna simbólica sobre la que plasmar lo que él entendía como la raíz y la razón históricas de la nación española, fue reflejada en una novela modernista que rompió los moldes de la época para lograr reflejar una “paradoja fundamental”, la amalgama entre el recuerdo de unos modos de vida y unas ideas propias del Siglo de Oro junto a la sensibilidad del lector de principios del siglo XX, al que se dirige la obra (Cardona-Colom, 1990: 627). Una reivindicación del legado castellano y de la identidad tradicional española que se enmarca dentro del intento de nuestro autor de recrear esta época de la historia española a través del simulacro con el objetivo de construir una nueva idea de argentinidad:

Larreta se embarcó, con la publicación de *La gloria*, en una particular cruzada personal en pos de la recreación de la tradición española como cimiento de una nueva identidad nacional argentina de filiación castellana. Larreta va, sin embargo, más allá de una simple vindicación discursiva de la tradición castellana. (...) animado por un proyecto estético ideológico profundamente conservador, Larreta se propuso fundar una nueva argentinidad a partir de la reconstrucción discursiva y material de la tradición castellana del Siglo de Oro en la Argentina del siglo XX. Con la publicación de *La gloria*, Larreta recreó discursivamente la España del siglo XVI con un simulacro textual de naturaleza claramente arcaizante (Outes-León, 2015: 98).

El simbolismo de la novela, construida como ejemplo y paradigma de lo que para Larreta representó el reinado de Felipe II, es elaborado a través de un personaje, Ramiro, que supone la quintaesencia del estereotipo castellano de la época (Lida, 1988: 153-156).

A través de las páginas de la novela Larreta se centra en la construcción de un personaje protagonista que se va convirtiendo en epítome y símbolo de aquello que la obra procura transmitir, la lucha entre el pasado glorioso del que Ramiro se considera descendiente y la decadencia que se aprecia en la tierra en la que se encuentra, y que él mismo encarna. Un espacio diegético en el que, en palabras de Cheryll Saylor-Javaherian:

3 La traducción pertenece al autor de este trabajo.

su protagonista epónimo sufre un conflicto espiritual en el que el orgullo desmedido, la lujuria, la crueldad y el ejercicio concomitante de una voluntad desmesurada de poder y fama terrenales no conducen a una super-raza de hombre como había profetizado Nietzsche en *Así habló Zaratustra* y otros escritos, sino a la creación de un ser humano cuya depravación moral devasta la vida de los demás y presagia la auto-destrucción⁴ (1993: 8).

Una obra que también ha sido entendida por parte de la crítica académica como un feroz juicio hacia el sistema ideológico impuesto en la época de Felipe II, donde Larreta habría utilizado el sarcasmo como arma ideológica a través de su protagonista, creando una dicotomía entre lo que es y lo que parece ser dentro de la narración, Saporta (1991: 270); con un final que recubriría de sarcasmo y derrota la gloria que el protagonista intenta perseguir a lo largo de toda la novela, y que finalmente no logra obtener, lo cual es en sí mismo una crítica de gran peso hacia los mismos estándares de nobleza y la idealización del pasado mítico que muchos lectores han visto en la novela, Foster (1973: 34). Ramiro se convertiría, de esta manera, en un fracasado cuyos mismos orígenes como mestizo —pues se trata del hijo de un cristiano y una mujer musulmana— le impedirían entrar en los propios ideales de la vieja nobleza castellana que no se corresponden con su modo de ser. Una obra de estudio complejo, en definitiva, cuyo análisis y problemas interpretativos derivan de la intencionalidad estética del propio Larreta por encima de la ideológica, pues nuestro autor procuró servirse de un escenario histórico reconstruido como lugar adecuado para configurar sus ideas sobre la decadencia, el principal objetivo que tiene la obra, Davison (1961: 18-20).

La obra de Larreta se construye en un espacio diegético que refleja una idiosincrasia abulense que fue configurándose, a lo largo del siglo XIX —tal y como hemos apuntado previamente— dentro de los parámetros de lo que podríamos considerar como una ‘otredad interior’. El aspecto que presentaba la ciudad en aquella época no respondía al legado y a la imagen que las crónicas y las leyendas habían ido levantando sobre esta tierra y sus gentes. El abulense es concebido desde la contradicción y la oposición entre el ideal y el ser real. Una visión sociohistórica que pretende concebir la otredad como una proyección imaginada de la realidad; la cual se convierte —gracias a la ficcionalización

4 La traducción pertenece al autor de este trabajo.

de la imagen— en un espacio imaginado y rechazado. Una otredad que se nos presenta como un absoluto al mismo tiempo que condiciona tanto la categorización grupal a la que nos vemos sometidos (Krueger y Clement, 1994: 45), como el marco de comparación endo y exogrupal sobre el que establecemos nuestra identidad como individuos (Gaviria *et al.* 2013: 503-507); Petriglieri, 2011: 656)⁵. La ciudad antiabsolutista que fue en realidad el Ávila histórica durante el reinado de Felipe II, Belmonte (1997: 297-302) se transforma, en la pluma de Larreta, en un espacio que parece responder más a la necesidad de luchar contra el Ávila de su presente —marcada por su modelo social clasista heredado del siglo pasado, por su religiosidad, su culto a la muerte de raigambre católica y su provincianismo, con su atmósfera “de agobiante rutina”, Belmonte (2001: 223-230) — que a la de adentrarse en el pasado. Un pasado utilitario e instrumental que se convierte en arma ideológica mediante la cual entender un presente que se pretende cambiar.

La gloria de don Ramiro utilizará estas ideas sobre el pasado mítico de Ávila para ficcionalizar tanto a la ciudad como a sus gentes, al recrear sobre ellos un pasado idealizado en el que las gestas caballerescas y las glorias ganadas por las armas sirven como sustituto de una realidad que se ve relegada en el imaginario del momento por los valores considerados como tradicionales y la defensa de la religión católica, tal y como muestra la prensa provincial de la época, Serrano (1997: 251-259). Se procura mantener, de esta manera, una concepción del endogrupo reconstruida a partir de la visión idealizada de la historia, y que contrasta con la realidad de pobreza y atraso del presente que vive la ciudad. Una falsa sublimación que, paradójicamente, contribuyó a identificar como el otro, el diferente, precisamente un modelo de individuo que se encontraba más cercano al de la realidad de las gentes de la época que al mostrado por la concepción idealizada que sobre ellas mismas es construida. Y estas ideas serán transmitidas por la visión que, tanto de la ciudad como de sus gentes, mostrarán diferentes escritores del periodo —tal y como lo reflejan autores como Belmonte al estudiar las

5 Para más información sobre estos procesos grupales, su complejidad y sus diferentes perspectivas puede acudirse a: Rabbie, Schot y Visser, 1989; Rabbie y Horwitz, 1969; Brown, 2020; Campbell, 1958; Blanchard, McBride y Allen, 2022; Moscatelli y Rubini, 2011; Herrera y Sani, 2013; entre otros.

crónicas de escritores como Jorge Santayana, Gutiérrez Solana, Leonard William, Alberto Insúa, Calvert o Unamuno, entre otros muchos (2001: 262-271)—. Desde sus escritos, generalmente crónicas de viajes, observamos una serie de ideas y de temas que se mantienen constantes en las obras y los escritos que describen la ciudad (en mayor o menor profundidad). Resulta interesante el hecho de que, a rasgos generales, esta visión coincida en autores venidos de las más diversas partes de España y del extranjero que no sirven en ningún caso como instrumento político de las élites abulenses de principios del siglo XX.

Ávila se convierte en un espacio imaginado, una base sobre la que reconstruir un proyecto y una imagen determinada del mundo —a través de la utilización de las trazas básicas de la ciudad— gracias a la ficción. La realidad se confunde entre lo que podría ser, y lo que el propio Larreta pretende transmitir al lector (Saporta, 1991), construyendo un espacio diegético en el que la ficción se entremezcla con la reconstrucción histórica hasta hacerlas a ambas indiferenciables. Tal y como expone el investigador Neal Alexander, el espacio urbano se convierte en un “activo y fundamental componente de los procesos sociales”⁶ (2010: 28), un ambiente dialéctico que escapa del inmovilismo impuesto a priori por la geografía para configurarse, a través del lenguaje, como reflejo y componente básico de una sociedad cambiante y dinámica. El arte y la literatura funcionan, dentro de este proceso, como una de las herramientas a través de las cuales se va edificando la imaginería urbana de una sociedad, a través del aporte de nuevas perspectivas (Zurier, 2020: 146-147). Como ha explicado Setha M. Low:

Teorizar la ciudad es una parte necesaria de la comprensión del cambiante momento postindustrial, capitalista avanzado y posmoderno en el que vivimos. La ciudad como lugar de prácticas cotidianas ofrece valiosas perspectivas sobre los vínculos de los macroprocesos con la textura y el tejido de la experiencia humana. La ciudad no es el único lugar donde pueden estudiarse estos vínculos, pero la intensificación de estos procesos —así como sus resultados humanos— se produce y puede comprenderse mejor en las ciudades. Así pues, la “ciudad” no es una cosificación, sino el centro de las manifestaciones culturales y sociopolíticas de la vida urbana y las prácticas cotidianas⁷ (1996: 384).

6 La traducción pertenece al autor de este trabajo.

7 La traducción pertenece al autor de este trabajo.

Unos vínculos que nos permiten entender cómo el espacio urbano se desarrolla en la mente de las personas como un entorno entendido a través del sentimiento y la emoción, subjetivados dentro de la concepción personal del yo de cada individuo. Todo ello mediante un proceso que aleja a lo urbano de sus aspectos materiales para, a través de su simbolización, convertirse en parte de la definición de un determinado endogrupo (Wohl y Strauss, 1958: 523-525). Es por ello que la construcción literaria de las ciudades ha jugado un relevante papel en el devenir histórico de la concepción de muchos de estos espacios, tal y como nos muestra la investigación de Richard Lehan (1986). Ejemplos como la literaturización de ciudades como Praga exponen la manera en la que estos espacios materiales pueden transformarse en enciclopedias culturales de toda una sociedad (Bílek, 2006: 253-254); donde también tiene cabida la representación simbólica de los conflictos y enfrentamientos que enervan una sociedad, tal y como se puede observar en el caso de Estambul —y como veremos que sucede en Larreta al contraponer los barrios cristianos de Ávila con el espacio habitado por la comunidad musulmana— (Furlanetto, 2017: 49-113). Debemos, por lo tanto, entender lo urbano como un cambiante espacio de gran significación; un topo literario que, tal y como se puede ejemplificar a través del estudio de la literatura latinoamericana, es utilizado como instrumento de traslación ante el lector y la sociedad de la complejidad del mensaje sobre el mundo y el ser humano que cada autor pretende transmitir (Cisternas, 2019).

La gloria de don Ramiro nos muestra esta elaboración ficcional del espacio urbano abulense ya desde las primeras páginas de la obra: “Desde aquella altura, Ávila de los Santos, inclinada hacia el Adaja y ceñida estrechamente por su torreada y bermeja muralla, más que una ciudad, semejaba un gran castillo roquero” (Larreta, 2002: 52). En este fragmento, que tomamos como ejemplo de entre muchos, Larreta recrea esta imagen omnipresente de fortaleza que tuvo la ciudad para las gentes de comienzos del siglo XX. La muralla no es solo un elemento defensivo, más o menos vistoso, sino que configura el tópico de ciudad-fortaleza que se presenta sobre Ávila. Es este monumento el que delimita simbólicamente con su prestancia los usos militares que se adscriben a un lugar que vive, ordenadamente, bajo el toque de sus múltiples campanas. Se muestra una constante contraposición que parece dar un significado positivo y otro negativo a esta

concepción de la ciudad. El espacio diegético adquiere así los rasgos míticos que también recrearan otros autores de la primera mitad del siglo XX⁸.

Larreta nos sigue describiendo esta vetusta fortaleza explicando que: “La ciudad de las herrumbradas murallas y los poderosos torreones parecía hartarse de sol” (2002: 312). En una misma oración presenta como elementos de la cerca abulense un importante valor añejo y vetusto —que, por otro lado, no tenían por qué percibir como tal en el siglo XVI— contrapuesto al poderío y luminosidad con los que sigue su enriquecimiento adjetival; rasgo este último que resalta la saciedad de luz que se quiere asociar a la urbe que, como milagroso recipiente, guarda este regalo para todos sus habitantes. Un rasgo negativo frente a dos positivos, que nos hacen siempre movernos en una delgada línea entre el aprecio y cierto desapego hacia lo descrito, como si fuera necesario presentar este espacio como verdaderamente mixto, indeciso.

El espacio urbano se transforma, de esta manera, en una confluencia de signos e imágenes que se entrecruzan a través de los patrones estéticos propuestos por la literatura, lo que permite la transmisión de significados en un lugar que, gracias a la ficción, se convierte en una ciudad narrada cuyos lazos con la realidad se difuminan en la pluma del autor (Scherpe y Roetzel, 1992-1993: 140-142). Larreta establece desde el principio una clara dicotomía entre la rancia nobleza castellana y su enemigo natural, los conversos musulmanes quienes, con el nombre de moriscos, todavía permanecen en España⁹. Pero el objetivo de esta contraposición no es mostrar este supuesto odio, sino un aspecto más de la religiosidad casi exacerbada que lleva al protagonista, Ramiro, a iniciar un camino que le llevará al asesinato y a la huida de su patria.

La ciudad de Ávila recreada en la novela responde perfectamente a esta imagen de una vieja gloria ya decadente que representa la inmovilidad de

8 Es el caso, por citar solo algún ejemplo, de la visión que nos presenta Unamuno de la ciudad como una enorme casa (2006: 288), un espacio en el que la historia puede sentirse en el ambiente (2014: 178); o de Azorín, quien, pese a no mencionar concretamente a la ciudad de Ávila, destaca en su obra los mismos rasgos de caballerosidad pasada y leyenda que atrajeron a los escritores noventayochistas a este municipio castellano (2013: 75).

9 Sobre la errónea interpretación que Larreta realiza sobre los moriscos, se puede acudir al trabajo de Serafín de Tapia, presente en la introducción a la novela que editó el Ayuntamiento de Ávila en el año 2002.

las costumbres del Imperio español y de las directrices de la Contrarreforma. No se muestra un entramado urbano industrial y lleno de vida, propio de un centro mercantil como también fue este lugar, sino un conjunto de palacios ajados y polvorientos —repletos, eso sí, de escudos y glorias— que permanecen paralizados y encerrados dentro de la omnipresente muralla. Calles históricamente comerciales de la zona intramuros dejan paso a una zona centro fría e inmóvil que ve a sus pies, en el arrabal morisco de Santiago, toda la vida que concentra Larreta en tierras abulenses; en un barrio imaginado que responde más a la imagen estereotipada y manida sobre los barrios musulmanes que a la realidad histórica.

Una visión que impone sobre el hombre y la mujer musulmanes el referente de otredad. Se trata de una elaboración del diferente sobre el que construir el endogrupo, y que está presente desde los mismos comienzos de la imaginación simbólica de la ciudad de Ávila, en relatos medievales como la *Crónica de la Ciudad de Ávila* del año 1315, o la *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Ávila* (1607) escrita por fray Luis Ariz, así como en la elaboración que en estos dos textos se realiza del personaje musulmán de Axa Galiana. El abulense es presentado como paradigma de caballeridad, religiosidad y recogimiento cristianos, dentro de un Ávila silenciosa y mística que necesita, para ser concebido, de la bulliciosidad y la sensualidad musulmanas del sometido. Un otro, en definitiva, que no solo responde al estereotipo del que nos hablaba Said, sino que es utilizado para construir una supuesta imagen de la realidad sociohistórica del endogrupo tan ficcional como la del opuesto.

También hay una cierta intención de engrandecer a la nobleza del momento, mediante la unión de su figura con la de los héroes abulenses de la reconquista: “sintió que hubiera dado su vida por libertar a aquel hombre magnífico, víctima de su rancia altivez castellana. Era el último Cid, el último reptador, llevado al suplicio por viles sayones asalariados”, Larreta (2002: 286). La comparación que presentamos entre Diego de Bracamonte y Blasco Ximeno, el legendario *reptador*, ahonda en la idea de una nobleza que no parece tener otro objetivo en mente que seguir viviendo de las rentas y los privilegios dejados por sus antepasados. Es esta idea del abulense hijo de gloriosas gestas, una de las principales que

conformarán la imagen de la ciudad a lo largo de la época: una concepción teñida de nostalgia que no se corresponde con la realidad económica.

Y es el cuarto fragmento que presentamos de Larreta quizá el más conmovedor, por la dureza y frialdad usadas para construir la idea del Ávila de Felipe II:

Ciudad cárcel, según él, donde la holganza enmohecía los ánimos más nobles, donde la excesiva proximidad de los mismos orgullos hacía germinar rivalidades monstruosas; donde se vivía bajo continuo espionaje, y cada rendija tenía una mirada, cada colgadura un oído, cada soplo una lengua; donde todo impulso generoso topaba con muros más agobiantes que los que retajaban el escaso recinto de la ciudad, y, donde, en fin, sólo podían librarse del desengaño y del hastío aquellos que tenían el ala asaz nervuda para tender a cada momento su vuelo a Dios (2002: 331-332).

Larreta pretendía escribir acerca de un supuesto glorioso pasado español —ejemplificado en Ávila— con sus sugeridas y relevantes sombras, para dar la solución en la propia América que aparece justo al final de la novela, con la figura de Rosa de Lima¹⁰ —quien, al contrario de Teresa de Ahumada, sí aparece en la historia—. Los cantos a la ciudad y a su augusta nobleza van poco a poco pervirtiéndose en la figura de Ramiro, calumniado y rechazado por todos debido a su padre morisco. Este descenso en el oprobio que vive el protagonista se plasma simbólicamente en el ambiente novelesco de la trama. De una ciudad gloriosa que parecía presentarse de manera positiva, se pasa a poner ante los ojos del lector la triste realidad: unos muros que ya no tienen una función protectora, sino invasiva, donde para escapar de la envidia y la permanente vigilancia de sus gentes solo se ofrece el consuelo de Dios. Larreta, de esta manera, nos muestra que su objetivo con esta recreación es la de mostrar una ciudad caduca que debería renovarse para seguir viva. Se eligen, en definitiva, solo una serie de elementos de la ciudad cuya negatividad va acentuándose de manera progresiva, al dejar de lado otros como pudieran ser la convivencia de religiones, las industrias que tenía la ciudad en ese momento, o la mística como camino de salvación. Es, por lo tanto, un espacio urbano elegido como otro personaje de la novela gracias a cier-

10 No podemos detenernos en ello, pues ello sobrepasaría los objetivos de este estudio, pero *La gloria de don Ramiro* no solo explora el territorio castellano, sino que buena parte de su desarrollo transcurre en suelo americano, donde se realizan las referencias a Rosa de Lima; todo ello como parte de la reinterpretación del pasado colonial español desde el proyecto de argentinidad que ya hemos apuntado que Larreta albergaba en sus escritos.

tos aspectos de su imagen, capaces de cambiar y adaptarse a la propia narración como una especie de verdad velada de lo que sucede en la propia trama.

3. CONCLUSIONES

En definitiva, la ciudad de Ávila, como un 'otro' interior que se niega a reconocerse como tal, es encarnada por los avatares y la construcción del personaje de Ramiro, al presentar ambos unas características parejas, como dos modos de reflejar la misma realidad. Es así que la identidad de un personaje como Rodrigo es construida desde la alteridad que le ofrece la conexión con una temporalidad histórica que no llega a materializarse en la vida de nuestro personaje. El presente se aparece ante el lector como un hecho esquivo y confuso que no parece encontrar su lugar, y que se deshace entre los intentos por descubrirlo a partir del pasado. El futuro es construido así directamente sobre unos hechos que ya pertenecen al recuerdo, y que se estructuran a partir de una doble lectura simultánea del tiempo (Deleuze, 1969: 14). El yo pasa a ser así centro de una interpretación del mundo (Deleuze, 1969: 25) que transfiere a un lugar como el de la ciudad de Ávila la leyenda y la grandiosidad que se espera de un presente que prefiere ser sustituido por el recuerdo re-imaginado de un espacio mítico e imaginado. La temporalidad se basa así en la narratividad de un endogrupo que se construye a partir del relato, y que al igual que la ciudad de Ávila en relación a la historia del personaje de Rodrigo, parte de la complejidad de la materialidad para convertirse en mito. Es así que:

¿Qué hemos aprendido hasta ahora? Pensamos y vivimos en historias. Están en las palabras y las imágenes, en los libros y las películas, en el teatro y los videojuegos, en todos y cada uno de nosotros. Formamos nuestra identidad a través de historias: de forma activa en mitos e ideologías y de forma pasiva cuando nuestro narrador interior ordena la realidad por nosotros y, normalmente sin darnos cuenta, reinterpreta nuestros patrones de comportamiento en historias con sentido. Nos esforzamos colectivamente por conseguir la victoria para nuestro grupo, que definimos a través de narraciones, y podemos volvernos muy agresivos cuando el estatus de nuestro bando se ve amenazado (aunque sólo sea por una historia coincidente). Nuestro mundo está dominado por las historias y sus batallas competitivas. Y se nos da bastante mal desenmascarar las narrativas manipuladoras. ¿Qué podría salir mal?¹¹ (El Ouassil y Karig, 2023: 223).

11 La traducción pertenece al autor de este trabajo.

Todo ello nos permite entender cómo este proceso de mitificación literaria del pasado se produjo en la literatura de principios del siglo XX. Los hechos históricos han sido dejados de lado a favor de una construcción legendaria e imaginada de la historia que tiene como objetivo huir del presente, en la elaboración de una idea de endogrupo que impide, por sí misma, reconocer el presente y entender las causas de su decadencia. Ávila, a través de Ramiro, se ve reflejada en la novela de Larreta como un personaje en sí mismo, que procura encontrar en la huida hacia las supuestas glorias del pasado una gloria, una identidad de su mismo ser que finalmente no logrará localizar. Y ello dentro de un proceso de descubrimiento personal que dejará patente la dicotomía entre ficción y realidad sobre la que se asienta todo su camino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alexander, N. (2010). *Ciaran Carson: Space, Place, Writing*. Liverpool University Press.
- Azorín (2013). *Castilla*. Alianza editorial.
- Belmonte, J. (1997). *La ciudad de Ávila. Estudio histórico*. Caja de Ahorros de Ávila.
- (2001). *Ávila contemporánea*. Ediciones Beta.
- Bílek, P. (2006). Reading Prague: Narrative Domains of the Image of the City in Fiction. *Style*, 40, pp. 249-257.
- Blanchard, A. L., A. G. McBride y J. A. Allen (2022). Perceiving Meetings as Groups: How Entitativity Links Meeting Characteristics to Meeting Success. *Psychology of Leaders and Leadership*, 25 (2), pp. 90-113.
- Brown, R. (2020). The Origins of the Minimal Group Paradigm. *History of Psychology*, 23, pp. 371-382.
- Cabezas, E. (2000). "Los de siempre". *Poder, familia y ciudad (Ávila, 1875-1923)*. CIS.
- Campbell, D. (1958). Fate, similarity and other indices of status of aggregations of persons as social entities. *Behavioral Science*, 3, pp. 14-25.
- Cardona-Colom, S. I. (1990). Ironía y sensibilidad modernista: *La gloria de don Ramiro* de Enrique Larreta. *Hispania*, 73, pp. 626-632.
- Cisternas, C. (2019). Estudios literarios sobre la ciudad en la Revista Chilena de Literatura. 1970-2000. *Revista Chilena de Literatura*, 100, pp. 95-138.
- Davison, N. (1961). Remarks on the form of *La gloria de don Ramiro*. *Romance Notes*, 3, pp. 17-22.
- Deleuze, G. (1969). *Logique du sens*. Éditions de minuit.
- El Ouassil, S. y F. Karig. (2023). *Erzählende Affen*. Ullstein.
- Fernández, M. (1999). *Sociedad y opinión. Ávila en el siglo XIX*. Caja de Ahorros de Ávila.
- Foster, D. W. (1973). Toward an Interpretation of the "Epilogo" of la Gloria de Don Ramiro. *Chasqui*, 2, pp. 33-35.
- Foucault, M. (2004). *Philosophie (anthologie)*. Gallimard.

- Furlanetto, E. (2017). *Towards Turkish American Literature*. Peter Lang.
- Gaviria, E. et al. (2013). *Introducción a la Psicología Social*. Sanz y Torres.
- Hartog, F. (2003). *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Éditions du Seuil.
- Herrera, M. y F. Sani (2013). Why Does Ingroup Identification Shield People from Death Anxiety? The Role of Perceived Collective Continuity and Group Entitativity. *Social Psychology*, 44 (5), pp. 320-328.
- Jaén, R. (1918). Guía Espiritual de España: II. Ávila de Los Caballeros. *Hispania*, 3, pp. 157-164.
- Krueger, J. y R. W. Clement (1994). Memory-Based Judgments About Multiple Categories: A Revision and Extension of Tajfel's Accentuation Theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67 (1), pp. 35-47.
- Larreta, E. (2002). *La gloria de don Ramiro*. Ayuntamiento de Ávila.
- Lehan, R. (1986). Urban Signs and Urban Literature: Literary Form and Historical Process. *New Literary History*, 18, pp. 99-113.
- Lida, R. (1988). La técnica del relato en La gloria de don Ramiro. En A. Alatorre. *Estudios Hispánicos* (pp. 151-168). El Colegio de México.
- Low, S. M. (1996). The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City. *Annual Review of Anthropology*, 25, pp. 383-409.
- Lynch, J. (1991). *La España del siglo XVIII*. Crítica.
- Madoz, P. (2000). Ávila. Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico (1845-1850). Ámbito.
- Moscattelli, S. y M. Rubini (2011). The Impact of Group Entitativity on Linguistic Discrimination Ingroup Favoritism and Outgroup Derogation in the Explanation of Negative Outcome Allocations. *Social Psychology*, 42 (4), pp. 292-299.
- Outes-León, B. D. (2015). La gloria del simulacro: Enrique Rodríguez Larreta y la tradición castellana en Argentina. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 82, pp. 95-116.
- Petriglieri, J. L. (2011). Under threat: responses to and the consequences of threats to individuals' identities. *The Academy of Management Review*, 36 (4), pp. 641-662.
- Pomès, M. (1961). Enrique Larreta. *Revue des Deux Mondes*, 15 de agosto de 1961, pp. 638-641.
- Rabbie, J.M. y M. Horwitz (1969). Arousal of intergroup bias by a chance win or loss. *Journal of Personality and Social Psychology*, 13, pp. 269-277.
- Rabbie, J.M., J.C. Schot y L. Visser (1989). Social identity theory: A conceptual and empirical critique from the perspective of a behavioural interaction model. *European Journal of Social Psychology*, 19, pp. 171-202.
- Said, E. (2010). *Orientalismo*. Debolsillo.
- Saporta, N. (1991). Two Centuries under Scrutiny: Race, Class and Gender in *La gloria de don Ramiro*. *Hispania*, 74, pp. 269-281.
- Saylor-Javaherian, C. (1993). Nietzschean Antagonism, Self-sacrifice and Redemption in Enrique Larreta's *La gloria de don Ramiro*. *Hispanic Journal*, 14, pp. 7-23.
- Scherpe, K. R. y L. Roetzel (1992-1993). Nonstop to Nowhere City? Changes in the Symbolization, Perception, and Semiotics of the City in the Literature of Modernity. *Cultural Critique*, 23, pp. 137-164.
- Serrano, J. M. (1997). *Un periódico al servicio de una provincia: El Diario de Ávila*. Diputación Provincial de Ávila.

- Unamuno, M. (2006). *Andanzas y visiones españolas*. Alianza editorial.
- (2014). *Por tierras de Portugal y España*. Alianza editorial.
- Wohl, R. y A. L. Strauss (1958). Symbolic Representation and the Urban Milieu. *American Journal of Sociology*, 63, pp. 523-532.
- Zurier, R. (2020). Whose Metropolis, Whose Mental Life? Rethinking Space and the Local in Urban Imagery. En Z. Jian y R. Bruce. *Complementary Modernisms in China and the United States*. Punctum Books.